

De celebraciones, visitas y primarias

Manuel Sánchez Cuesta

Profesor de Filosofía. Miembro del Instituto E. Mounier.

Quisiera, en lo que sigue, referirme a tres hechos aparentemente distintos –las celebraciones del aniversario de 1898, la visita en abril de los reyes a Las Hurdes y el triunfo de Borrel sobre Almunia en las recientes primarias del PSOE–, pero hilvanados en su sucesión por una racionalidad histórica que permite considerarlos como momentos de una saga épica que muestra la profunda transformación operada en España en lo que va de siglo, hasta el punto que de ser un país pobre, oligárquico y aislado ha pasado a convertirse en otro moderno, democrático e incorporado como el que más a Europa y al mundo. Los tres ilustran pues la eficacia del legítimo ejercicio del poder en un Estado de derecho, la



violencia subyacente a las ideologías –muy particularmente cuando éstas se fundamentalizan– y la sabia razón del pueblo cuando a éste se le devuelve su libertad.

Si, como se acostumbra, asumimos la «Generación del 98» como la del primer grupo de españoles que piensa España desde las experiencias del «Desastre» y de esa historia anodina o de «marasmo nacional» de la segunda mitad del siglo XIX, veremos que España aparece ante sus ojos como un país en crisis profunda y respecto a cuya circunstancia cultural el finiquito del imperio con la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas no es más que la punta del iceberg de sus múltiples contradicciones e irreconciliables posicionamientos ideológicos.

España, por eso, veinticinco años después, sin una efectiva revolución industrial y clausurada todavía sobre sí misma, continúa siendo una nación atrasada, tradicional, endogámica y de la que es fiel metáfora aquella comarca cacereña de Las Hurdes, visitada en 1922 por el rey Alfonso XIII.

¿Cómo salvar una tal España miserable y agraria, que comienza a sentir en las carnes de parte de su gente el aguijón de la libertad y del progreso modernos? ¿Cómo materializar esos ideales desde su inconsciencia y postración, desde su más absoluta falta de compromiso con lo que supone un proyecto histórico común en un momento tan delicado? Porque, lejos de haber

propiciado la restauración borbónica y la larga estabilidad política que generó



una solución a la verdadera realidad española, se descubre el daño causado al pueblo por la pactada alternancia de progresistas y conservadores bajo el tapujo de la atención a la formalidad democrática.

El movimiento regeneracionista, iniciado con el cambio de siglo y que dura tres décadas, tratará de ser la respuesta intelectual a este estado de cosas, proponiendo reformas administrativas y técnicas (agrarismo, enseñanza, descentralización administrativa, política hidráulica y de apoyo al campesinado y a la industria, etc.) encaminadas a modernizar el país, pero a condición, eso sí, de que un gobierno autoritario las lleve a cabo. Conviene, sin embargo, observar

que el regeneracionismo no aplica soluciones *políticas*. De ahí que dicho movimiento, aunque bueno en su intención, acabara fracasando, pues difícilmente podía resolverse un problema que afectaba de manera tan directa al pueblo sin el concurso del propio pueblo, esto es, desde una operatividad meramente intelectual y foránea.

¿Qué subyace a todo ésto? El mantenimiento de un concepto excesivamente romántico de intelectual y de político, ambos autoasumiéndose *héroes* y, por lo mismo, llamados a ser inductores y guías de cuantos cambios sociales fueran a su juicio necesarios. Se trata de una revitalización del mesianismo, el cual exige a su vez como telón de fondo la existencia de un pueblo dócil al que poder orientar, dado que sólo el héroe (materializado en la figura del líder, del aparato del partido, del tecnócrata) es quien se halla en el secreto de lo que el pueblo precisa y por eso únicamente a él compete encontrar el modo de hacer efectivas las exigencias de modernización.

Es de destacar, a este respecto, el retrato que hace Unamuno en «*San Manuel Bueno, mártir*» de las contradicciones, ilusiones y nostalgias propias de una España que fenece y de otra, ambigua por futura, que emerge. Retrato este, nunca mejor dicho, «del alma». En la novela se hallan ya los dos posicionamientos político-vitales en que se enmarcaban los españoles y su carácter irreconciliable; la iniciada modernización del campo y de la industria, no exenta, como suele acaecer en tales casos, de perplejidades y de riesgos; el violento efecto «bumerán» contenido en las ideologías; la desazón subliminal provocada por ese universo de héroes que el «viento está llevándose» y sustitui-

yendo a la vez por otro mundo no menos irracional.

Quizás a esto se deba el que, pese a la distancia que parecía guardar la circunstancia narrada en el libro respecto a una posible realidad objetiva, apenas publicado se hicieran dos lecturas que dibujaban a las claras las dos Españas machadianas en clima de preguerra civil. Una ve,



bajo los cambios políticos, sociales y culturales un ataque a las creencias tradicionales, concluyendo que había que oponerse a toda modernización y a la racionalización que la misma conlleva. Otra, desde un anticlericalismo justificado por la teocracia eclesial, percibió en la novela una eficaz crítica a la secular postración e ignorancia del pueblo, –de todos los pueblos de España–, no tanto como garantía de una paz gozosa, cuanto como sometimiento a una iglesia que aupaba buena parte de su poder sobre la base de dicho oscurantismo.

Al pueblo correspondió llevar a cabo luego, en trágica confrontación, la negación de este viejo mito del «hombre salvador y el pueblo impotente», condición esencial para una renovación y progreso constantes, obligando a que las soluciones, más que administrativas y técnicas, fueran principalmente de tipo político. La auténtica modernidad española tuvo su origen en ese cambio. No en vano de él proceden la proclamación de la universalidad de nuestros derechos fundamentales así como de las condiciones materiales necesarias reclamadas por los mismos; el convencimiento personal de que se trata de una tarea ciudadana, común y compartida; y la asunción de la certeza de que la última palabra en democracia la tiene siempre el pueblo.

Celebrar, en consecuencia, el aniversario de 1898 equivale a rememorar, entre otras cosas, la España de hoy como la posibilidad que fue en la ya apuntada dramática metáfora de aquellas Hurdes de entonces. Por eso, de Las Hurdes de 1922, recorridas a caballo por Alfonso XIII, a Las Hurdes de 1998, visitadas en abril por el rey Juan Carlos, media toda la distancia del negativo y del positivo de una fotografía, vale decir, de la síntesis constituida por la de un pueblo atrasado, pobre y aislado, a la de un país moderno y abierto al mundo. Una mutación, por cierto, esta similar en el orden político a la ejemplificada en las recientes «primarias» del PSOE en su intento de encontrar un cabeza de lista a la presidencia del gobierno en las próximas elecciones generales. En ellas hemos podido contemplar la fuerza y la esencialidad de la democracia, al haber podido ser rechazado, –describimos, no valoramos–, por las bases el candidato propuesto por el aparato del partido.